

ISSN 2007-1620

Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Años 45, No. 45, Vol. IV
Enero-Diciembre 2018

Historia



UANL®

LA AUTOBIOGRAFÍA: UN DESAFÍO PARA EL ANÁLISIS HISTÓRICO. A PROPÓSITO DE JULIO SCHERER

Arturo Gálvez Medrano*

Resumen: Este ensayo alude a la autobiografía, género utilizado como fuente por gran cantidad de investigadores sociales. El autor debate sobre las imposibles condiciones de objetividad que caracterizan al género autobiográfico, pero pondera el carácter testimonial e invaluable del mismo. Históricamente, señala que su importancia está fuera de duda, porque constituye un recurso que coadyuva a la recreación, reconstrucción, explicación, entendimiento y comprensión de una realidad pretérita y distante. Para ejemplificar sus postulados el autor expone el caso Scherer. Sostiene que quien acometa la empresa de estudiar el siglo XX mexicano no debe menospreciar lo dicho por Scherer, pero tiene la obligación de contrastarlo con otros documentos, testimonios y libros.

Palabras clave: autobiografía, análisis histórico, periodismo mexicano, Julio Scherer.

Un líder de opinión y su testimonio de vida

QUIENES DECIDEN ESCRIBIR SUS TESTIMONIOS DE VIDA, casi todos son personas propensas a la acción y dispuestas a asumir grandes empresas, por lo cual quedan sujetas a la crítica de la sociedad y a expensas de ser juzgados severamente por actos.

* Profesor investigador del Departamento de Política y Cultura de la UAM Xochimilco. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Especialista en temas históricos del siglo XIX.

Un eminente literato decía que “todos los hombres hacemos la vida en borrador”.¹ Sin duda, dicha sentencia es lapidaria y quien posea el más mínimo sentido de autocrítica la daría por cierta. Eventualmente algunos de esos juicios, aunque sean imprecisos, pueden ser implacables.

Por lo tanto, aquellos personajes que por su protagonismo pasaron a ser públicos y quedaron expuestos a la crítica, son quienes con más frecuencia tienen la tentación de publicar “su verdad” bajo el título de la autobiografía, memorias, en un diario o cualquier otra forma. En parte la dirigen a sus críticos para desmentirlos; aunque de paso intenten aclarar pasajes de sus vivencias para atemperar las consejas populares. Es decir, pretenden enmendar su “vida en borrador” para hacerle las correcciones pertinentes, bajo el cobijo de matizar ciertos pasajes y la supuesta autoridad de ser testigo privilegiado.

¿Por qué son atractivas las memorias? Quizá porque nos permiten ver, decía Ortega y Gasset:

...la historia otra vez deshecha, en su puro material de vida menuda, no suplantada por la construcción mental [que es la historia]. En cierto sentido, tienen que ser las *Memorias* el reverso del tapiz histórico, con la diferencia de que en ellas el reverso presenta también un dibujo, bien que distinto del que va en el anverso. La historia es la vida pública, y a ésta se llega machacando innumerables vidas privadas. En las memorias vemos descomponerse la nebulosa histórica en los infinitos e irisados asteriscos de las vidas privadas.²

En consecuencia, el análisis de estos escritos representan todo un desafío al historiador, porque éste sabe que los individuos son determinados por la sociedad y no a la inversa. Sin embargo,

¹ El escritor referido es Ernesto Sábato, quien con esas observaciones agudas y lapidarias, hizo tal declaración en una entrevista. Luego, no contuvo la tentación de escribir un bosquejo de lo que fue su vida en *Antes del fin*, en una casa editorial cercana al periódico *La Nación* en 2006.

² Ortega y Gasset, José (1965). “Sobre unas ‘Memorias’”, en: *Espíritu de la letra*. Madrid: Espasa Calpe (Colección Austral, núm. 1370), p.48.

en este caso, el autor y protagonista principal son quienes dan pauta para ser investigados conforme a un entorno que de principio puede suponerse acotado, pero eventualmente tiene alcances más largos y no sólo en el espacio, sino en el tiempo.

Algunas otras de las características de quienes redactan sus testimonios de vida, consisten en que tuvieron notoriedad y casi todos las redactaron en edad avanzada. Éstos, de alguna manera garantizan rentabilidad a las editoriales que les publican, aunque también circulan las que fueron hechura de imprentas poco reconocidas y, salvo excepciones, son las menos interesantes. En cuanto al presente trabajo no es propiamente un texto autobiográfico en el sentido estricto, sino que son los testimonios de un líder de opinión en el medio periodístico.

Él, Julio Scherer, rechazaba cualquier entrevista porque para conocerlo afirmaba que lo podían hacer a través de sus artículos, entrevistas y libros. Fue reportero, así como director del periódico diario más importante de México y luego de una revista semanal de análisis periodístico de oposición más relevante. Su prestigio le abrió puertas y tuvo un acercamiento al poder y a algunos personajes poderosos, convirtiéndose en un testigo privilegiado de los recovecos más inimaginables del sistema político mexicano.

Respecto a la dilatada trayectoria de Julio Scherer García y el vasto número de sus escritos, bien puede decirse que lo condensó en los libros que publicó, todos ellos testimoniales de sus andanzas en el periodismo frente a políticos mexicanos y extranjeros, artistas, escritores, narcotraficantes y muchas más personas de importancia. De sus escritos, y en algunos casos con señalamientos severos a sus interlocutores, ninguno intentó desmentir lo dicho por Scherer García, pese a la existencia de la disposición legal para publicar las réplicas cuando alguien se sentía difamado.

Por otro lado, es importante mencionar que a quienes les hizo señalamientos fuertes aún se mantenían en activo y tenían las condiciones y medios para confrontarlo y contestarle. Sin embargo, quizá apostaron al olvido, como suele suceder en el

país, en el que la memoria va desdibujando aquellos actos condenables y los villanos son reciclados.

Por todo esto, resta decir que ésta sólo es una breve semblanza de como este testigo privilegiado, ilustró con sus testimonios la descomposición del sistema político mexicano. Un hombre con motivos para ser conservador y creyente de las bondades del ideario de la Revolución de 1910, fue capaz de mantener sus principios y convertirse en un implacable crítico de la corrupción, de los excesos de los personajes públicos y privados.

Su labor la desempeñó con tal determinación, que de manera colateral abrió espacios para una mayor independencia de los periodistas y al ejercicio libre de su expresión; así como una tolerancia mayor en la opinión pública y gubernamental, dispuesta a leer y escuchar voces disidentes en los diversos órganos de divulgación, impresos y también electrónicos. Por todo lo anteriormente dicho, el lector puede imaginarse que este trabajo sólo es un botón de muestra de los desafíos que representan los testimonios de vida como una fuente de información y de sus aportaciones al análisis histórico.

El periodista frente al sistema, prolegómenos de la ruptura

El presidencialismo en el México del siglo XX tiene una connotación y peso significativo en el sistema político, por las facultades constitucionales y fácticas con las cuales actuaba el Poder Ejecutivo. La “esfera” en la cual queda “encapsulado” el presidente a partir de que toma posesión del cargo, se distancia del pueblo y sus más sentidas necesidades bajo el argumento de la necesidad de preservar su integridad. Al paso del tiempo, estas formas o protocolos fueron un elemento que contribuyó a la edificación de un régimen más autoritario, con un control eficiente de la información, mediante la represión o la “persuasión” a los medios de comunicación y los comunicadores.

En el último cuarto de la centuria pasada, gracias a la acción y presión de diversos movimientos y organizaciones de la sociedad civil, se obtuvieron logros con los cuales

reblandecieron ese Estado monolítico de antaño y pese a sus mecanismos de fiscalización, le resultó imposible contener la filtración de la información y la difusión de la misma en los medios impresos.

Pese a las ventajas que puede significarle a la salud pública la libertad de expresión y de prensa, han sido excepcionales los periodistas y medios de comunicación independientes. De hecho, quienes se acogen a la norma constitucional de ejercer ésta su libertad, en la práctica desafían el orden establecido y deben asumir las consecuencias de tal conducta. Julio Scherer fue uno de estos personajes con una actitud casi heroica, pues en su condición de director de *Excélsior*, uno de los periódicos nacionales más importantes de México, en un tibio intento de dignificar el periodismo, apenas pudo completar los seis años dirigiéndolo.

En 1976, el gobierno de Echeverría dispuso de todos los medios necesarios para expulsarlo de la cooperativa dueña del diario y quitarlo de la dirección del mismo. Como suelen ser esas derrotas, cuando Scherer salió de las instalaciones del periódico respaldado por con un nutrido número de intelectuales, llevaban a cuestras la certidumbre de ser víctimas del poder y ser dueños de la ética y la dignidad del oficio que los agrupaba. En ellos se reflejaba una buena parte de la sociedad.

Julio Scherer era un hombre del sistema con el prurito de hacer un periodismo crítico, su desencanto sucedió cuando fue expulsado de *Excélsior*, por lo que se comprometió en una nueva empresa para hacer una revista semanal. Así nació *Proceso*, como una aventura y en la que día a día, él y sus colaboradores debieron sortear los obstáculos con los que el poder intentó descarrilarla. De esa forma, Scherer alcanzó su propósito, por su cercanía a los hombres del poder y su prestigio pudo mostrar el rostro del presidencialismo, entre otras cosas; mientras que el gobierno y sus cercanos sólo lograron descalificar a *Proceso* en una parte de la sociedad, mostrándolo como periodismo radical, estridente y de resentidos, entre otros epítetos.

En suma, Scherer maduró periodísticamente hablando, pero en esencia siguió siendo el mismo de los años sesenta. Convirtiéndose en un testigo privilegiado de cómo se sucedió la descomposición y transformación del sistema político mexicano. En sus escritos periodísticos y los que convirtió en libros, ocupan su atención temas de primera importancia nacional, los salpicó de anécdotas, describió a presidentes, otros protagonistas y pasajes muy ilustrativos, constituyéndolos en testimonios de valor inestimable. A partir de éstos fue elaborado el presente trabajo; el siguiente desafío sería el de confrontarlos con otras autobiografías y análisis históricos rigurosos.

Julio Scherer trasciende el tiempo

Siempre se autodefinió como reportero y en todo momento actuó como tal, cualquier dato de interés lo publicaba, por ello hubo quienes lo diferenciaban de José Pagés Llergo, en el sentido de que éste “por los amigos se olvidaba del periodismo, mientras que Scherer, por el periodismo se olvidaba de los amigos”. Primero como periodista y luego en los diversos libros que publicó, el primero de ellos fue *Los presidentes* y apareció en 1986, el más reeditado y vendido. A partir de entonces, con un reconocimiento público, con menos temor a la represión directa, a la censura o al desaire de los personajes más notables del país, reafirmó su condición de reportero y periodista crítico.

En sus relatos, sin misericordia, narró anécdotas en su cercanía con funcionarios, empresarios, líderes, presidentes y expresidentes. Con un estilo sobrio y directo registró fechas, protagonistas, circunstancias y otros detalles. Esto despertó el temor de todo aquel personaje público que tuviese motivos para ocupar espacios en las noticias, así como el morbo de los lectores por conocer los entretelones del poder en sus textos. En ese escenario, realizaría otras publicaciones a partir de 1996, cuando dejó la dirección de *Proceso* para ocupar la presidencia del Consejo de Administración de la revista. Consciente de que la memoria es una facultad que olvida, sin demora comenzó a reportear y escribir desde sus recuerdos.

A través de sus confesiones, puede darse por cierto que recurrió a sus notas y algún otro texto, pero en esencia los pasajes que describe los recuperó en los archivos de su memoria y mucho menos en investigación. Es decir, es su dicho frente a lo que otras personas pudiesen registrar en autobiografías o algo parecido, por lo que todo deberá corroborarse con los hechos mismos.

Entre sus publicaciones hay dos que adquieren la forma de autobiografía en la modalidad de memorias: *La terca memoria* (2007) y *Vivir* (20012), en los cuales entretejió la narración con anécdotas de su vida privada y los de su labor periodística. El resto son de carácter testimonial, en los que exhibe el sistema político mexicano y los personajes que en su momento fueron protagonistas con algún tipo de poder. El corporativismo que caracteriza al Estado mexicano se muestra en sus prácticas asfixiantes y en ocasiones aplastante ante individuos, así como ante las organizaciones que balbucean cualquier forma de oposición.

Además de otros elementos propios del quehacer político en México, Scherer hace un amplio muestrario en sus libros: *Los presidentes* (1986), *El poder: historias de familia* (1990), *Estos años* (1995), *Salinas y su imperio* (1997), *La pareja* (2005), *Historias de muerte y corrupción* (2011) y *Calderón de cuerpo entero* (2012).³ Sale a relucir su carácter represor en otros cuatro escritos más con un sentido de investigación, que redactó junto con Carlos Monsiváis, en los cuales abordan los sucesos de 1968.

En su elaboración, partieron de los documentos del archivo personal del general Marcelino García Barragán, quien fuera secretario de la Defensa Nacional en ese tiempo. Por todos aquellos testimonios que en uno y otro texto conjuntó y publicó, ante la solicitud de una entrevista, rechazó contestar cualquier pregunta con el siguiente argumento: “Lo que yo tenía que decir

³ Sólo se citan las obras que mejor caracterizan el sistema político mexicano.

ya está dicho, en mis libros y semanalmente en *Proceso*. Es mi trabajo el que debe hablar, no yo”.⁴

El cúmulo de experiencias de Julio Scherer García se remontan a 1943, cuando ingresó al periódico *Excélsior*, y a los cuarenta y dos años, en agosto de 1968, momento en el cual alcanzó la dirección del diario. Pese a que el presidente del Partido Revolucionario Institucional en ese tiempo dijo después que le ayudó para alcanzar el cargo, lo desmiente la trayectoria que tuvo y lo demostró con su capacidad de convocatoria.

Sólo así se entiende el arribo de colaboradores “como Daniel Cosío Villegas, José de la Colina, Miguel Ángel Granados Chapa, Ricardo Garibay, Carlos Monsiváis, Enrique Maza, José Emilio Pacheco, José Reveles, entre otros, hizo que cada entrega fuera una realidad”. Además, “logró suplementos culturales, tales como *Revista de Revistas*, *Plural* y *Diorama de la cultura*, dirigidas por Vicente Leñero, Octavio Paz e Ignacio Solares, respectivamente. Nunca antes un diario mexicano había juntado a tantas plumas de primera línea”.⁵

En julio de 1976, con motivo de la intolerancia del presidente Luis Echeverría a la crítica, emprendió una ofensiva para desestabilizar la cooperativa con golpeadores e imponer a Regino Díaz Redondo para dirigir el diario. Al punto de la agresión, Scherer debió salir del edificio de *Excélsior* en avenida Reforma, custodiado por periodistas e intelectuales contrarios a la intromisión gubernamental.

Cuatro meses después, en la primera semana de noviembre de 1976, reaparecía con una nueva revista y con un nombre sugestivo: *Proceso*. Se caracterizaría por ser semanal, distante del poder y por sus constantes señalamientos y denuncias. Por lo que su aparente estridencia nada tenía que ver con el escándalo, más bien fue la ruptura con el resto de los medios impresos. Mientras éstos se empeñan en hacer ver como normales toda una serie de anomalías e irregularidades en la vida nacional,

⁴ Mota Leyva, Gustavo. “Proceso a Julio Scherer. Periodista”, en *De frente y de perfil*. <https://gusmota.wordpress.com/tag/julioscherer>

⁵ Villoro, Juan. “After Office. Muere el periodista mexicano Julio Scherer”, en *El Financiero*. México, 7 de enero de 2015.

descalificaban a *Proceso* por sus constantes denuncias y lo colocaban al nivel del periodismo amarillista.

El periodo en el cual ejerció su labor y en especial cuando ostentó la dirección de *Excélsior* y de la revista *Proceso*, el régimen presidencialista y autoritario estaba en su apogeo, con un partido hegemónico y un sistema político corporativo, donde eran escasos los espacios en los cuales podía ejercerse la libre expresión. La incomodidad que causaba entre los personajes con poder político o económico por su manera de hacer periodismo, los registró en una serie de libros que escribió a manera de memorias. Con una redacción sobria y de estilo ágil, quizá sean el muestrario con el cual pueden dibujarse los contornos del régimen presidencialista y corporativo del viejo sistema político mexicano.

Por cierto, la inercia de éste fue arrolladora y aplastante, pues todos los gobiernos hicieron uso de sus peores prácticas, incluidos aquellos que surgieron del Partido Acción Nacional, la oposición conservadora. Lo mismo sucedió con el modelo económico impuesto en el último cuarto del siglo XX, resultado de un nuevo orden económico internacional, que se aplicó en complicidad con la generación de tecnócratas que desplazaba a los políticos de antaño. Sin argumentos ideológicos e incapaces de convencer de las bondades que proponían, se volcaron en el pragmatismo, apoyándose en la eficiencia del viejo corporativismo.

Las organizaciones políticas o sociales que se oponían, fueron incapaces de impedir el abandono del Estado de los compromisos sociales heredados de la Revolución, o bien, de sus conquistas y en políticas de bienestar social más valiosas.

El reportero en el rescate de sus recuerdos

En 1996, cuando Julio Scherer dejó la dirección de *Proceso* y pasó a ocupar la presidencia del Consejo de Administración de la revista, se convirtió en un reportero en retiro, porque se negó a dejar el periodismo. “Desde el yo literario ‘que no es presuntuoso ni sencillo, vigoroso o agresivo, pero que siempre

es vulnerable’, Scherer reporta sus propios recuerdos”.⁶ Por su edad y vivencias era un conocedor excepcional del sistema político mexicano y de sus protagonistas más destacados. Por tal motivo, en una ocasión le preguntaron a qué atribuía que los mexicanos soportaran tantos agravios. La respuesta de Scherer -un ateo irredento- fue inaudita y sin dejo de duda fue contundente: “Por la virgen de Guadalupe”.⁷ Esta expresión irónica no carecía de sentido, pues de considerar las graves consecuencias del desmantelamiento del Estado benefactor y el empobrecimiento al cual arrojó a millones de gentes, sólo un milagro podía explicar que no hubiese movimientos sociales que desestabilizaran políticamente a la nación.

Por cierto, el ascenso de Scherer a la dirección de *Excélsior* en 1968 coincidió con una crisis económica internacional, que derivó en los cuestionamientos al viejo sistema político y del modelo económico de desarrollo. También fue testigo de su transformación y adecuación a políticas con una identidad más cercana al poder económico. Ese itinerario lo llevó al desencanto, pues al recordar sus inicios en el periodismo y el lapso tan dilatado en que reportó, a la distancia escribió: “Aún creía en la respetabilidad de la institución presidencial como realidad concreta y no como entidad abstracta, la respetabilidad *per se* del Palacio. Iría sabiendo que los ex presidentes forman una mafia. Pueden aborrecerse entre sí, pero tenían por sagrado el principio de la asociación delictiva: la complicidad”.⁸

Conoció al expresidente Ruiz Cortines, con más de setenta años, en el puerto de Veracruz, vivía en la austeridad y semiabandono. En esa situación, le comentó a Scherer: “...no hicimos todo lo que debimos. Los ricos se hicieron más ricos”. Registró con precisión que al referirse a los políticos, decía que todos debían aprender a comer sapos (debe suponerse que crudos) del diario, pese a su “sabor nauseabundo”, “su baba” o “su consistencia chiclosa”. “Plato grande para los políticos

⁶ Scherer, Julio (2007). *La terca memoria*. México: Grijalbo.

⁷ *Proceso*. Julio Scherer. 11 de enero de 2015.

⁸ Scherer, Julio (2007), *op cit.* p. 193.

grandes, plato chico para los pollos”. Expresó que la política era adictiva, por lo que ante decisiones o acuerdos tan repugnantes, nadie de ellos dejaba de comer sapos. Entre ellos existían dos tipos de comensales: unos comían su ración y deseaban vomitar a solas; otros, terminaban su porción y pedían más.⁹ El trato magnánimo que Scherer le dio a Ruiz Cortines, contrasta con el de su antecesor y el de su sucesor.

Respecto de Miguel Alemán, por referencias como la del general Marcelino García Barragán, escribió que “no fue honesto”,¹⁰ o registró la mansión que mandó hacerse en Pichilingue,¹¹ Acapulco, frente al mar y constituir una colonia exclusiva. En cuanto a Adolfo López Mateos, destaca las cefaleas que lo incapacitaban al grado de encerrarse en un cuarto oscuro y sin ruido. Los dos hombres de mayor confianza que lo aislaban y en quienes delegaba con frecuencia funciones delicadas eran: Humberto Romero y Díaz Ordaz, su secretario particular y el de Gobernación, respectivamente.

En otro orden de cosas, Scherer condenó a López Mateos por su forma de recurrir “al delito de disolución social, aberración ética y jurídica que abre las puertas al fascismo y a la tiranía, para encarcelar a David Alfaro Siqueiros, a Valentín Campa y a los líderes ferrocarrileros Demetrio Vallejo y Raúl Sánchez Lemus”.¹² Tampoco perdonó el asesinato del dirigente agrarista Rubén Jaramillo, su esposa embarazada y tres hijos en mayo de 1962 en el estado de Morelos, pues “fue el crimen que estremeció al país, pero no movió a indagación alguna”.¹³

Por cierto, el primer gran reportaje de Scherer que se convirtió en libro fue la serie de entrevistas que le hizo al muralista David Alfaro Siqueiros en el penal de Lecumberri. Su publicación le dio una gran proyección como reportero¹⁴, pero el

⁹ Scherer, Julio (1986). *Los presidentes*. México: Grijalbo, pp.52-53.

¹⁰ *Ibid.* p. 92.

¹¹ Scherer, Julio (2007), *op. cit.* pp. 129-130.

¹² *Ibid.* pp. 181-182.

¹³ *Ibid.* p. 183

¹⁴ El libro autobiográfico de Siqueiros que elaboró Scherer se llamó *La piel y la entraña*. Luego, la esposa del pintor, Angélica, entresacó algunas cosas para publicar *Me llamaban el coronelazo*.

fuerte espíritu rebelde del pintor, sin duda, lo marcó en más de un sentido. Trabajó una amistad sólida con el pintor y conoció los gestos de solidaridad de intelectuales, nacionales y extranjeros, para que le otorgaran la libertad.

Recordaba con alegría su excarcelación y lamentaba la sucesión presidencial de 1964, en la que López Mateos “se prestó al juego inicuo del destape”. Y decía, acerca de los mexicanos: “Los engañé con la verdad. Nunca oculté mi inclinación por el licenciado Díaz Ordaz”.¹⁵ Con éste, en su condición de director de *Excélsior*, fue que por primera vez tuvo contacto directo con un presidente y ante él fueron sus esfuerzos iniciales para sacudirse el tutelaje del gobierno.

Cuando se disponía a viajar para entrevistar a jefes de Estado que contactó a instancias de Díaz Ordaz, el secretario de la Presidencia, Emilio Martínez Manautou, le dio un sobre con las instrucciones de abrirlo en el avión, pero lo hizo en ese momento. Su contenido eran billetes de cien dólares, lo rechazó con agradecimiento y obtuvo por respuesta lo siguiente: “No seas ridículo”; y luego agregó: “Ofenderás al presidente, tu amigo”.¹⁶ Es decir, no aceptarlo era subvertir el orden establecido, lo corrupto era lo correcto.

En cuanto a lo informativo, Scherer reconocía: “No ocultábamos las noticias. Tampoco la magnitud del fenómeno”.¹⁷ Era cierto, pues la sola insinuación en *Últimas noticias* y *Excélsior* de lo sucedido el 2 de octubre de 1968, fue suficiente para que el mismo Martínez Manautou lo confrontara tres días después, acusándolo públicamente con calificativos tales como: “Traicionaste al presidente”, “Quiere que lo sepas, que así entiende tu actitud”, “No esperaba una acometida así”.¹⁸

Transcurrieron tres meses para que volvieran a recibir a Scherer en las oficinas presidenciales, pero cuando intentó preguntarle del movimiento estudiantil, imborrable fue la expresión de su rostro y la registró de la forma siguiente: “Vi

¹⁵ *Ibid.* p. 190.

¹⁶ Scherer García, Julio (1986), op. cit., p. 17

¹⁷ *Ibid.* p. 21

¹⁸ *Ibid.* pp. 21-27

sus pómulos saltados, la piel restirada, unos ojos sin color. Sentí la angustia en las pantorrillas. Quise ganar tiempo, enfriar su cólera”.¹⁹ Entonces, Díaz Ordaz lo atajó con otro cuestionamiento: “¿Continuará en su actitud, que tanto lesiona a México? ¿Continuará en su línea de traición a las instituciones, al país?”²⁰

Del sexenio de Díaz Ordaz terminó conociéndose todo, incluso de sus amoríos o el fallecimiento de uno de sus hijos por una sobredosis. “Agobiado los últimos años de su vida, después de la tragedia de 1968, resguardó su intimidad. La fortificó tanto que hizo de ella una cárcel. Allí murió”.²¹ En sus pocas reapariciones públicas, asumió como agresión los cuestionamientos de la prensa. Un día le confesó a Scherer que, pese a su delgadez, en ocasiones despertaba sudando como un gordo, se consumía en vida. Era un decidido contraste con la transformación de su sucesor, Luis Echeverría, de quienes todos se burlaban por su disciplina burocrática.

En su trayectoria burocrática, era capaz de permanecer sentado tres horas en la antesala de un funcionario superior sin parpadear; o bien, de inventarse trabajo para ser el primero en llegar y el último en irse de las oficinas. En cuanto lo nombraron candidato del PRI a la presidencia, dejó el saco y se puso la guayabera; su actitud silente la abandonó por la incontinencia verbal.

Juan Sánchez Navarro, amigo entrañable de Scherer y con quien desayunaba todos los viernes, solía decir que en todo momento, “Echeverría había jugado con todos el juego del que era maestro: la traición”.²² Era un hombre inmensamente rico y en sus años mozos, Sánchez Navarro fue exprofesor sustituto de filosofía de Antonio Caso, años después le platicó de una reunión que tuvo con el presidente en casa de Bernardo Quintana, en donde Echeverría planteó la cancelación de la

¹⁹ *Ibid.* pp. 21-27

²⁰ *Ibid.* p. 27

²¹ *Ibid.* p. 15

²² Scherer, Julio (2007), *op. cit.* p.119

propaganda en las páginas de *Excélsior*, cuando se llegó a la conclusión que Scherer era “un sujeto proclive al comunismo”.²³

Cuantas veces escribió Scherer de Echeverría, inevitablemente lo asoció a la represión del 10 de junio de 1971 y a la embestida contra *Excélsior*, como la muestra más burda por acallar la libertad de prensa. Lo mismo que con el director impuesto en su sustitución, Regino Díaz Redondo. En ese mismo periodo, aportó información respecto a los vínculos que extraoficialmente existieron entre militares mexicanos y la dictadura militar chilena; o bien, identificó a Arturo Durazo Moreno como uno de los que acarrearón golpeadores en 1976 para amedrentar a los trabajadores del periódico *Excélsior*.

En cuanto a sus colegas de oficio que colaboraron en la campaña de tergiversar los hechos, para mostrar a Scherer y sus colaboradores como el grupo rebelde y conflictivo, señaló a Juan Francisco Ealy Ortiz en *El Universal*. En los medios electrónicos destacaba la figura de Jacobo Zabludovski y su noticiario *24 horas*, así como a su reportero Ricardo Rocha, quien desde Reforma 18 confirmó que Scherer y sus seguidores eran los causantes del caos; en ese mismo tenor estuvo Jorge Saldaña, también de Televisa.

Cuando sobrevino el destape de José López Portillo, con quien Scherer tenía parentesco político, fue la última gran noticia en que lo envolvió la presidencia para hablar de los aspirantes y, sin darse cuenta, colocaron a López Portillo como puntero de quienes eran señalados como suspirantes. Por esa cercanía se reunió para comer con López Portillo y, recordaría Scherer, que en la despedida le dijo: “Imagínate. Toda la vida pretendí que se me juzgara por mis intenciones. De ahora en adelante sólo contarán mis acciones y sus resultados”.

Ricardo García Sáenz, secretario de Programación y Presupuesto del gabinete de López Portillo, aseguró que “en los tres primeros años fue exacto en las citas, riguroso en el orden de la actividad cotidiana, atento, vivaz, certero en el juicio,

²³ *Ibíd.*, p.119.

rebotante de humor. ‘Presidente de lujo’ “. ²⁴ Después, dejaría algunos de sus mejores elementos y más cercanos, él los definía de la siguiente manera: “Carlos Tello, mi conciencia”; “cesó a Reyes Heróles, su maestro; Díaz Serrano, mi amigo de toda la vida”. En cambio, se amarró a un gánster, como lo fue Arturo Durazo y cedió al embrujo de Hank González, quien hizo público un préstamo personal por 150 millones para construir una mansión al presidente en Cuajimalpa; por otro lado, en el colmo, nombró a su hijo subsecretario de Programación y a Rosa Luz Alegría, secretaria de Turismo. ²⁵

Fue la debacle y perdió todo rumbo cuando se disponía arribar a la “administración de la abundancia”, producto del auge petrolero.

A propósito del petróleo, le gustó una casa a Joaquín Hernández Galicia en Pichilingue, Acapulco, y decidió comprarla para regalársela al presidente. El costo fue de treinta millones de pesos, le platicó a Scherer el secretario del Interior del sindicato de los petroleros, Juan Díaz Guerrero. Se pagó la mitad a la dueña y la otra parte él la llevó personalmente a Los Pinos. Scherer le preguntó:

-¿Llevó el dinero en una maleta grande?

-Fue en un portafolio de buen tamaño, naturalmente.

-Treinta millones es mucho dinero y ocupan un buen espacio. ¿Bastó un portafolio, don Juan?

-Los billetes eran nuevos, recién salidos del Banco de México. Bien planchaditos, no ocupan mucho lugar.

-¿A quién hizo la entrega?

-Al jefe del estado mayor presidencial.

²⁴ Scherer, Julio (1986), *op. cit.* p.97.

²⁵ *Ibíd.* p. 97.

-¿Personalmente?

-Personalmente.²⁶

Recordaría con amargura la embestida que López Portillo emprendió en el último momento de su mandato contra *Proceso*, al retirarle toda la propaganda gubernamental: No pago para que me peguen, dijo. En cuanto a la sucesión asentó: “Transformados sus caprichos en actos de gobierno, designó heredero a Miguel de la Madrid”.²⁷

Ávido de que *Proceso* se consolidara y tuviese primicias, buscó a Miguel de la Madrid para que aceptara una entrevista, pero sin los canales suficientes, recurrió a Carlos Salinas de Gortari, quien finalmente aceptó platicar con él en su casa. Poco pudieron conversar y después de esa visita “transcurrieron seis años sin noticias directas de Salinas. Sabía, sin embargo, de su poder al lado de la trabajada mediocridad de Miguel de la Madrid, temperamento sin fuego, carácter sin color, inteligencia opaca”.²⁸

Un tecnócrata depurado y político sin experiencia, sólo ofrecería orden y disciplina. Sin iniciativa alguna, debió aceptar una campaña contra la corrupción y el nepotismo con poco éxito, mas no porque fuese su iniciativa, sino que lo planteó como una válvula de escape a la presión de la sociedad. Agraviada y frustrada, en medio de una crisis económica con una inflación galopante, debía ser complacida aunque fuese con una réplica demagógica.

El presidencialismo quedaba más acotado por los intereses económicos y necesitaba más ayuda propagandística de los medios electrónicos. El periodismo independiente y contestatario sólo podía sobrevivir a través de los medios impresos, con todos los agravantes en su contra, incluida la permanente descalificación de su contenido.

²⁶ Scherer, Julio (2007), *op. cit.* p. 131.

²⁷ Scherer, Julio (1986), *op. cit.* p.97

²⁸ Scherer, Julio (1995). *Estos años*. México: Océano, págs. 15-16.

Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari le dieron oxígeno al periódico *Excélsior*. El director de éste, Regino Díaz Redondo, debía “terminar su edificio descomunal en Paseo de la Reforma y estaba en riesgo la adquisición de una rotativa de alta velocidad para imprimir el periódico en tiempos estrangulados”. Por lo tanto, “El Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos prestó a *Excélsior* mil 400 millones de viejos pesos el 8 de abril de 1986. La gestión fue irregular: nada tenía que hacer la institución de desarrollo en un convenio de esa naturaleza. Además, el dinero fue tomado de la Tesorería de la Federación.

Este segundo trámite también fue desviado, pues se usó dinero de los causantes, dinero público para aliviar problemas privados”.²⁹ Necesitaban apuntalar todo cuanto fuera necesario para que los gobiernos impulsaran sus nuevas políticas y los medios eran su mejor aliado. Poco importaba la crisis económica, la caída de los precios internacionales del petróleo, las consecuencias del sismo de septiembre de 1985 y el descrédito a un sistema político que comenzaba a transformarse.

Scherer veía gráficamente en estos cambios y quizá recordaba la expresión sentenciosa de Octavio Paz, quien en una ocasión le dijo: “nuestros presidentes no son líderes políticos, son jefes burocráticos. Su primera obligación es para los grupos que los llevaron y los mantienen en la cúspide”.³⁰ Además, advertía que estos últimos gobiernos carecían de la capacidad de cooptación para neutralizar las fuerzas públicas que antes controlaban, lo cual se puso de manifiesto en las elecciones de 1988.

Con el estigma de una elección carente de legitimidad, Carlos Salinas de Gortari, candidato del Partido Revolucionario Institucional, contendió y le ganó a Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano y al Frente Democrático Nacional que lo apoyó. “Se hablaba entonces de la baja estatura del presidente, de su calvicie prematura, la frente poderosa, los ojos brillantes en movimiento continuo. Nerviosos, ojos sin fatiga, me pareció que

²⁹ *Ibid.* p. 43.

³⁰ Scherer, Julio (1986), *op. cit.* p.87

reflejaban un carácter astuto y receloso. Esos ojos no veían. Vigilaban. También me llamó la atención la voz suave del presidente. Educada para la persuasión, provenía de otra alma”. Debió simular los zapatos que lo hacían dos centímetros más alto y recurrió a la cirugía estética para recortar sus grandes orejas. A la brevedad hizo detenciones de líderes como Joaquín Hernández Galicia, Carlos Jongitud Barrios, Venus Rey y la de un empresario, todos ellos involucrados en casos de corrupción indefendibles. Dichas acciones le sumaron simpatías y desdibujaban la sombra de ilegitimidad. Es decir, era un hombre que estaba familiarizado con el ejercicio del poder. Salinas, decía Scherer, era un hombre que sabía dar y sabía cobrar.

En ese sexenio se produjeron más multimillonarios que en Gran Bretaña, Arabia Saudita, España e Italia. Por lo que llegado el siguiente proceso electoral, convocó a los hombres más ricos de México y les dijo: “Son ustedes hombres triunfadores, exitosos, con gran poder de convocatoria, gracias a lo cual están en condiciones de reunir los 75 millones de nuevos pesos (...) y el PRI, seguirá siendo la mejor opción de gobierno”. El resultado fue inmejorable, cada uno de los empresarios decidió aportar setenta y cinco millones, levantaron las copas y brindaron todos muy sonrientes.³¹ La escena, bien pudo haber sido la exacta descripción de lo que le dijo Octavio Paz a Scherer unos meses atrás, en el sentido de que los presidentes sólo eran burócratas al servicio de quienes ahí los colocaron.

Vicente Leñero, además de ser subdirector de *Proceso*, también era uno de los dos amigos más entrañables de Scherer, quien lo señalaba como el “patrimonio de su alma”. Pues bien, en una ocasión recibió una nota personal de Salinas para asistir a la casa desde donde planeaban su campaña política en 1988 en las elecciones presidenciales. El motivo era incierto, pues Leñero fue invitado a la gira política y apenas llegaron a su destino, un miembro de la comitiva del candidato lo condujo al avión que lo llevó de regreso a la capital del país. Aquella

³¹ Scherer, Julio (2012). *Vivir*. México: Grijalbo, págs. 80-81.

experiencia la publicó en las páginas de la revista, lo cual incomodó a Salinas y éste decidió citarlo para platicar con él a manera de desagravio. En cuanto llegó Salinas, sin mucho preámbulo, se lanzó contra Scherer y le hizo un comentario inquiriente e insinuante a Leñero: “¿Hay manera de que *Proceso* trascienda a Scherer?” Es decir, en palabras descarnadas, quizá fue la misma propuesta que Echeverría le hizo a Regino Díaz Redondo en 1976 para sacar de *Excélsior* a todos aquellos que cuestionaban sus “logros”.

Leñero, viejo conocedor de las formas de los políticos, se limitó a decirle que sus cuestionamientos a Scherer debía hacérselos directamente porque él sabría qué contestarle. En cuanto a la insinuación de traicionar a su amigo fraternal, Leñero se limitó a decirle que *Proceso* era Scherer. En esos términos, le dijo a Salinas que no había manera de trascender al fundador y director de la revista más crítica del periodismo en el país.

Otro caso que le ocupó mucha atención a Scherer fue el magnicidio de Luis Donaldo Colosio. En el libro *Estos años*, una de sus publicaciones más breves, en sus últimas páginas rememoró cómo fue que él y Enrique Krauze trabaron una relación de amistad sincera con Colosio. En el ámbito de la conversación franca, éste les platicó de la enfermedad de su esposa y de las presiones que sentía desde el gobierno para posponer el arranque de su campaña a la presidencia.

Tanto Scherer como Krauze, en su calidad de espectadores y dueños de una información privilegiada, acordaron plantearle la posibilidad de que abandonara la candidatura, porque era mucho lo que arriesgaba y ellos no veían señales claras del apoyo que debían darle los priistas. Sus titubeos les impidieron hacerlo y en marzo de 1994, en el monumento a la Revolución inició su campaña. Aquella noche, llegó a casa de Scherer parafraseando fragmentos del discurso que pronunció en el monumento a la Revolución. Así recordaría Scherer aquel momento:

...yo veo un México con hambre y sed de justicia...un México agraviado...

-Una pregunta, Luis Donaldo –lo interrumpí en plena carrera.

Agitado me vio en súbito silencio.

-¿Conoció el presidente tu discurso antes de que lo pronunciaras?

-Espero que comprenda.

-¿Conoció tu discurso?

-No.³²

Con este fragmento Scherer termina el libro de *Estos años*. Con ese súbito fin insinuaba cualquier cosa, pues era un conocedor excepcional del sistema político mexicano, sabía cuáles eran las prácticas y aquel discurso, por su contenido, debió llevarlo a la presidencia para que lo aprobaran. Coincidencia o no, pero diecisiete días después fue asesinado Luis Donaldo Colosio.

Las experiencias de Julio Scherer con Ernesto Zedillo, Vicente Fox, Felipe Calderón y Enrique Peña, fueron más limitadas e indirectas, lo cual es explicable por su edad y el retiro. No obstante, escribió sobre ellos y puso en el relieve sus propuestas de cambio, pero poca importancia les dio, porque señaló que no les significaron compromiso alguno y era una falacia porque continuaron con las prácticas del viejo régimen, sus vicios y sus eficientes formas de control político. Por tal motivo, quizá consideró necesario escribir una *Nueva edición aumentada, revisada y autorizada* de *Los presidentes*,³³ en la cual plasmó su testimonio de los últimos cuatro presidentes.

³² Julio Scherer (1995), op. cit., p. 98

³³ Scherer, Julio (1986), op. cit.

La mayor parte de esa información ya no la obtuvo personalmente, sino por interpósitas personas en el medio político del más alto nivel, donde solía tener contactos y era ahí donde se filtraba la información que luego corroboraba y daba como fidedigna. Los potenciales lectores de estos textos, pese a que no sean políticos y no degusten de los sapos, pueden dar por un hecho que se tragaron uno que otro batracio de aspecto poco agradable. Pues las historias ahí contadas provocan náuseas.

El ascenso de Ernesto Zedillo fue en la burocracia y quizá por su disciplina, Salinas a inicios de su mandato lo nombró secretario de Programación y Presupuesto; luego, en 1992, cuando eliminó esta dependencia y la incorporó a la de Hacienda Pública, pasó a ocupar la titularidad de Educación Pública; el 29 de noviembre, Luis Donald Colosio lo llamó a incorporarse como coordinador de su campaña política para la presidencia.

En el desempeño de esos cargos, sin chistar, le desaparecieron el primer ministerio que ocupó; luego, en Educación, decidió aumentar el contenido cronológico de los libros de texto gratuito, uno de ellos fue en lo referente a la historia contemporánea de México y millones de esos ejemplares debieron podrirse en las bodegas. El motivo fue la inconformidad manifiesta de los altos mandos del Ejército, porque se asentó que el 2 de octubre de 1968 los uniformados dispararon aquel día contra los asistentes del mitin. Según trascendió que interpusieron una queja, en la cual argumentaron que las fuerzas armadas nunca disparaban sin órdenes de su Comandante Supremo, es decir, el presidente de la República. Finalmente, Zedillo quedó en la orfandad con el asesinato de su candidato Colosio y pese a que fungía como responsable de su campaña, nunca apareció en los medios o haciendo gestión alguna en ese escenario tan complejo.

En una conversación privada con Scherer, en casa de la dirigente magisterial Elba Esther Gordillo, éste le cuestionó su poca pasión por México en cuanto a lo educativo y todo cuanto significaba en sus valores culturales. A esto “Zedillo repuso que

hay muchas maneras de amar a México y ninguna es tan profunda y duradera como el trabajo responsable (...) el patriotismo sin aspavientos ni demagogia”.³⁴ Cuando le manifestó el protagonismo de Salinas y su propensión por beneficiar al capital privado, nunca reconoció fallo alguno en su gestión gubernamental y para atajar a Scherer, contundente le dijo: “Es el presidente, pero no sólo el presidente de México. También es mi líder”.³⁵

La espera para servir la comida se volvió tensa, particularmente para la anfitriona, pues la siguiente andanada de preguntas fue referente a sus aspiraciones para ostentar la presidencia. Sin salirse del guion, argumentó que “vivía para su responsabilidad cotidiana” y, en todo caso, “no cabía en él la respuesta” y “que la decisión no era suya”.³⁶

Cuando el asesinato de Colosio el 25 de marzo de 1994, el líder nacional del PAN, Carlos Castillo Peraza, estuvo con Salinas en la residencia oficial de Los Pinos. Le confió a Scherer que en medio de la confusión se “tutearon” y hablaron “de usted” él y el presidente. Aquel diálogo fue insólito, pues Salinas le expresó su preocupación de quien podría ser el relevo de Luis Donaldo e inquiriente le dijo “¿Quién. (...) Quién tocayo?” Castillo Peraza, conocedor del medio político, le mencionó a tres y los motivos por el que los proponía: Francisco Ruiz Massieu, Pedro Joaquín Coldwel y Ernesto Zedillo.

El primero se había autodescartado mediante una carta que Salinas tenía en sus manos y al día siguiente la haría pública. Cuando le pidió un cuarto nombre, Castillo mencionó que algunos priistas apoyaban a Ortiz Arana. Antes de despedirse se disculpó con el comentario que de ahí saldría su candidato y no el suyo, por lo que le solicitaba que lo enterara cuando lo tuvieran con veinticuatro horas de anticipación. Lo cual cumplió.³⁷ Respecto a su gobierno, Scherer lo sintetizaría con una frase lapidaria: “De Ernesto Zedillo destaca su indiferencia

³⁴ *Ibid.* p.p. 313-314.

³⁵ *Ibid.* p. 314.

³⁶ *Ibid.* p.p. 314-315.

³⁷ *Ibid.* p.p. 312-313.

por México”.³⁸ Carente de ideas políticas y de propuestas imaginativas para afrontar la grave crisis económica de 1994, se limitó a atender las recomendaciones internacionales y nacionales del gran capital, y tomando medidas contra el grueso de la población.

De Vicente Fox, refirió que fue “un candidato arrollador. Líder inédito, hizo sentir una personalidad poderosa, limpia”. Dueño de un “lenguaje simplón” que le festejaba la gente sencilla en sus mítines. “El folclor le venía bien”. “Salinillas”, se burlaba del pelón Salinas de Gortari, y para hablar de Zedillo le bastaba una palabra: “tonto, ni siquiera pendejo”.³⁹ En cuanto a su experiencia, excepto de empleado exitoso de la trasnacional Coca-cola, carecía de todo.

Sin formación intelectual ni amor por la historia, sin doctrina ni ideología, entregó su admiración por Maquío (Manuel Cluthier), “su maestro”. Desconocía el pasado de México y de quienes construyeron su partido, todos ellos conservadores, pero algunos de sus dirigentes eran poseedores de una cultura basta y una obstinación a toda prueba. Por lo cual eran capaces de discutir los principios que los animaban, defenderlos ante el asedio y represión que el gobierno les aplicaba. En todo caso, Fox supo decirle a la gente lo que deseaba oír y expresarlo en forma coloquial, lo cual permitió que su campaña fuese conducida publicitariamente como una mercancía, la primera ocasión que esto sucedía en unas elecciones en México.

Su triunfo en las elecciones fue incuestionable y su irreverencia le permitió romper con la solemnidad del poder. Se saltó los procedimientos de su partido para ser nominado candidato, el día que tomó posesión de la presidencia fue a la Basílica de Guadalupe, portó un estandarte con su imagen, entre otras cursilerías decimononas. Era el primer presidente de la oposición conservadora, divorciado y con la amante oculta, la misma que lo llevó a registro civil para casarlo y lo aisló de los amigos, mujeres y los panistas más prominentes. Lo llevó al

³⁸ *Ibid.* p. 366.

³⁹ *Ibid.* p. 316.

extremo de hacer público que compartía el poder con ella, Martha Sahagún. Decía Scherer:

Fox aceptaba los estragos del tiempo y su esposa rejuvenecía en la costosa cirugía plástica y el maquillaje exquisito; Fox decaía política y humanamente y Sahagún se cubría de sedas y alhajas; Fox se declaraba demócrata y ella se le emparejaba y superaba, adalid de las mujeres. Primera dama, se hace llamar. Primera dama, expresión aristocrática, ofensiva.⁴⁰

De ser una mujer simple, ambicionó y se hizo de todo cuanto le fue posible adquirir con la alcahuetería de Fox, quien además sucumbía a su incontinencia verbal, porque decía mucho y poco hacía. La revista Proceso, después de dar a conocer pasajes personales de la señora, fue acosada y el hijo de Julio perseguido. La esperanza del cambio nunca llegó, por el contrario, desde un principio comenzó a irse por los excesos en Los Pinos. Remataría Scherer para caracterizarlo:

Fox estaba impedido de combatir la corrupción, corrupto como era y sigue siendo. No metió las manos en Pemex, ahogado en su ciénaga, y protegió a los hijos de Martha Sahagún, usufructuarios del poder. Ranchero sin fortuna en su origen, hoy posee bienes difíciles de evaluar, la riqueza en el estado que quiere hacer suyo, Guanajuato.⁴¹

Carlos Castillo Peraza, todo un personaje en el PAN, trabajó amistad con Scherer y le confió pasajes de sus andanzas en el poder. Su larga militancia lo llevó a la formación de sus correligionarios jóvenes en su partido, uno de ellos y quizá el más cercano fue Felipe Calderón Hinojosa. El arribo de éste a la presidencia del PAN fue gracias a su mentor, pues ejercía una gran influencia en las estructuras del partido. Sin embargo, en un encuentro de Scherer con Castillo Peraza en abril de 1988,

⁴⁰ *Ibid.* pp. 322-324.

⁴¹ *Ibid.* p. 341.

éste le manifestaría “su desencanto por Felipe Calderón Hinojosa. Había sido su discípulo; de hecho lo había instalado en la presidencia del partido y de un tiempo para acá lo sorprendía como si se tratara de un desconocido. Una lenta transformación había hecho de Calderón un ser inescrupuloso, mezquino, desleal a principios y personas”.

Pese a la insistencia de Scherer, no quiso hablar de su afición por la bebida, pero tiempo después pudo conocer una carta privada donde le reprochaba Castillo a Calderón, su falta de seriedad y afición a excederse en su forma de ingerir el alcohol. Ya instalado en Los Pinos, se decía que “México tendría un presidente de medio tiempo. Por la mañana y unas horas después, el trabajo. Por la tarde y la noche, reunión con los cercanos”.

La transformación que notó Castillo Peraza se acentuó, pues se mostraba como un “hombre desconfiado y arrogante”. Sus “complejos le impidieron rodearse del talento de otros”. Coincidían quienes lo trataron desde Los Pinos en el gobierno de Fox, tanto en Banobras como en Energía, que “ni siquiera recordaban su voz, algo digno de retener en la memoria, no obstante los álgidos temas del momento, como el desafuero de López Obrador. Se le recuerda más bien inactivo y silencioso”. Estos testimonios le expresó Alfonso Durazo a Scherer, en su condición de secretario particular de Fox, quien reiteradamente le expresaba que Calderón subordinaba su inteligencia a lo visceral.

Era “un sujeto de temperamento primario; se conduce por impulsos, no por razonamientos”. Sin mérito alguno que le conociera y recordara, decía lamentándose: “Algo estamos haciendo mal en nuestro país cuando un político intolerante, inexperto y explosivo se puede colar hasta la presidencia”.⁴² Para rematar, el mismo Durazo hacía un balance muy duro de la gestión de Calderón, porque atribuía el fortalecimiento de los grupos con poder económico, del narco, al de los intereses

⁴² *Ibíd.* pp. 380-381. Ver también: Scherer, Julio (2012). *Calderón de cuerpo entero*. México: Grijalbo, pp. 95-98.

nacionales e internacionales más oscuros a su falta de legitimidad de origen. Por lo que concluía: “es un hombre sin código. En su objetivo de derrotar al adversario político no caben racionalidad ni un mínimo de juego limpio. El ‘haiga sido como haiga sido’ en estado puro”.⁴³

De Peña Nieto poco es lo que escribió Scherer, tanto por la precariedad de su salud como la imposibilidad de su movilidad. Entonces, todo cuanto redactó fue de lo que recaudó en la lectura de la información que le hacían llegar sus colaboradores. Seguía siendo un hombre bien informado, pero sus limitaciones le impedían frecuentar amigos, sostener las largas o breves pero sustanciosas conversaciones con amigos y sus fuentes. De ahí que retomó partes del libro de Jenaro Villamil, *Si yo fuera presidente*; así como del reportaje que hizo Carmen Aristegui de la Casa Blanca de Polanco, perteneciente a la pareja presidencial. Finalmente, en la antesala de la reforma energética, afirmaba que Lázaro Cárdenas siempre estaría frente a tal atrocidad de devolver el petróleo a manos extranjeras.

Historia y autobiografía

Un inglés estudioso de los testimonios de vida, sin miramiento alguno asentó en uno de sus escritos “que la palabra misma *autobiografía* tiene algo de poco elegante y de primitivamente pedante”.⁴⁴ A pesar de ello, o bien, por esa característica suya, la proliferación de estas obras y su aceptación por un público más amplio, ha despertado el creciente interés de especialistas en historia, filología, filosofía, literatura y otros géneros. Ellos han sido sus lectores más exigentes y también han advertido la diversidad de formas en que son expuestas, pues evidencian la dificultad de análisis desde una sola disciplina y escapan a una definición simple.

Al respecto, uno de sus teóricos señala: “la autobiografía trata de articular mundo, texto y yo, y por esta razón ocupa un lugar privilegiado, ya que en ella tenemos que vérnosla con los temas

⁴³ *Ibíd.* p.382.

⁴⁴ G. May. *Op. Cit.* p.12

más importantes de las humanidades hoy en día: historia, poder, yo, temporalidad, memoria, imaginación, representación, lenguaje y retórica”.⁴⁵

Aquellos personajes que han decidido dejar un testimonio de sus vidas, asumen un compromiso histórico, incluso sin proponérselo. A este acuerdo no escrito, hay quienes le han dado en llamar “pacto autobiográfico”, el cual se finca, antes que nada, en la coherencia con que se muestren “el autor, el narrador y el personaje”.⁴⁶ Dentro de este esquema, el lector debe convertirse “en juez, en el poder judicial encargado de verificar la autenticidad de la firma y la consistencia del firmante”.

Así, de entrada se puede cuestionar si “el nombre en la página del título no es el nombre propio de un sujeto capaz de autoconocimiento y entendimiento, sino la firma que da al contrato autoridad legal, aunque no le dé en absoluto autoridad epistemológica”.⁴⁷ En esas condiciones, la validez trascendental o histórica del texto sólo puede corroborarse si el autor, el personaje y quien lo escribe cumplen el mencionado “pacto autobiográfico”. Para ello, es menester realizar un estudio histórico que permita constatar a los ojos de quienes leen la obra, la veracidad de lo narrado y su concordancia con los hechos pretéritos.

El historiador en particular, siempre propenso a dilucidar lo real y lo concreto, invariablemente será escéptico de lo “que cada uno de los diversos actores inventa o imagina del pasado”.⁴⁸ Es decir, los sujetos serán analizados por sus actos, nunca por sus aspiraciones o deseos que pueden mezclar en sus memorias. Por otro lado, no obstante la rigurosidad del análisis, nunca debe colocarse a los personajes históricos frente a “los tribunales (sean jurídicos o morales) en tanto que aquellos

⁴⁵ Loreiro, Ángel G. (1992). “Direcciones en la teoría de la autobiografía”, en: José Romera, *et. al.* (coordinadores). *Escritura autobiográfica*. Madrid: Visor Libros, (Biblioteca Filológica Hispánica, núm.14). p.33.

⁴⁶ Hernández, Francisco Javier (1993). *Y ese hombre seré yo. La autobiografía en la literatura francesa*. España: Universidad de Murcia. Ver capítulo “El pacto autobiográfico”. pp. 47-59.

⁴⁷ Lueiro, A., *op. cit.* p. 36

⁴⁸ Florescano, Enrique (1997). *La historia y el historiador*. México: FCE, p. 77.

hombres ya comparecieron ante el tribunal de sus coetáneos”.⁴⁹ Estas premisas son fundamentales para reconstruir el acontecer de otros tiempos, así como la de ejercer una crítica implacable a las fuentes.

Sin embargo, a la complejidad del análisis histórico, habría que sumarle otras dificultades en el caso de estos escritos, pues la memoria es el recurso esencial y, como de todos es conocido, la memoria es una facultad que olvida en el mejor de los casos. Aunque el olvido también puede ser un artilugio de engaño, para mostrar a los lectores el buen comportamiento de quien es el personaje central y a la par autor del texto. En estas circunstancias, el personaje y los protagonistas “invitados” del relato autobiográfico quedan a salvo de cualquier juicio, no así el historiográfico hacia el autor que elaboró el texto.

Si el historiador hiciera un balance historiográfico negativo de la obra autobiográfica, algunas de ellas quizá podrían tener cierta validez, porque los elementos “en la construcción del relato autobiográfico, son claves las condiciones materiales y simbólicas de su generación, de tal modo que ellas son algo más que factores externos condicionantes del relato; de hecho, terminan formando parte integrante de él”.⁵⁰

En ello van implícitos los cuestionamientos de motivos por los cuales alguien decide escribir el testimonio de su vida, como el momento en que elaboró el texto, el estilo de su redacción, la forma de exposición y la mixtura de elementos del pasado y del presente que integraron la obra. También puede aceptarse que este tipo de textos no se elaboran en un acto solitario del todo y tampoco reproducen el itinerario absoluto de una vida, sino que lo recrean. Quizá sea por ello que la escuela francesa, tan importante como la inglesa en el estudio de la autobiografía, sostenga que prácticamente todos los textos tienen algo de autobiográfico.

⁴⁹ Croce, Benedetto (1970). *Historia como hazaña de la libertad*. Citado por Edward H: Carr. *¿Qué es la historia?* Barcelona, Seix Barral, p. 104.

⁵⁰ Piña, Carlos. “Aproximaciones metodológicas al relato autobiográfico” en *Opciones*, núm. 16, pp. 107-108.

A propósito de la escuela francesa, ésta se aparta de la obsesión clasificadora de las autobiografías que impera en el mundo anglosajón, bajo el argumento de que limita las posibilidades de lograr su conocimiento y pierde de perspectiva su valor trascendental. Por tanto, los franceses hacen una división genérica de tales obras: la autobiográfica propiamente dicha, las memorias y el diario íntimo. En el primer caso, las personas, eventos situaciones y el texto en general, se definen en torno de quien lo escribe y en ellos cobra una mayor importancia el “pacto autobiográfico”, ya que se igualan como protagonistas el autor, el personaje y el narrador.

Las memorias pueden ser mucho más enriquecedoras, particularmente cuando en ellas se recrean los ambientes y circunstancias de los eventos vividos por quienes los narran. Es decir, “si las memorias se refieren sobre todo a los hechos y no a las reacciones emocionales del escritor, aumenta el atractivo, sobre todo, claro, si los hechos, intrínsecamente, ofrecen alguna singularidad o han tenido cierta repercusión colectiva y no personal”.⁵¹ En cuanto al diario poco hay que agregar, pues son las anotaciones que una persona plasma con cierta cotidianidad y describen aquellos eventos que pueden ser trascendentes en la vida de quien los redacta o en su entorno social.

En síntesis, la autobiografía, en todo momento y en cualquiera de las formas antes señaladas, ha sido una fuente invaluable para conocer el pasado. Históricamente, su importancia está fuera de duda, porque constituye un recurso que coadyuva a la recreación, reconstrucción, explicación, entendimiento y comprensión de una realidad pretérita y distante. En cuanto al género y más allá de sus variantes, estos testimonios de vida en su presentación más singular y simple, son “la mejor fuente de conocimiento de nosotros mismos, (pues) el hombre no se conoce a sí mismo por medio de la introspección, sino de sus hechos en la historia”.⁵²

⁵¹ Cosío Villegas, D. *Memorias...* p. 8.

⁵² Gaos, José (1969). *Historia de nuestra idea del mundo*. México: FCE, p.77.

Una consideración final

Un testimonio como el de Julio Scherer debe constituirse en una fuente documental de primer orden. Los políticos se excusan de responder cualquier crítica, so pretexto que les conllevaría mucho tiempo contestarle a todos. Sin embargo, los señalamientos de un periodista con ese prestigio y que fue testigo presencial de eventos significativos, obligaba a una respuesta. Además, por la gravedad de las críticas y denuncias que plasmó en sus reportajes y libros, los involucrados afectados debieron enviar alguna aclaración o le exigieron el derecho de réplica.

Como se plantea al principio del presente texto, nadie que se precie de hacer análisis en las ciencias sociales puede ni debe sostener su argumentación en una sola fuente. De tal suerte que quien acometa la empresa de estudiar este periodo de la vida política en México, no debe menospreciar lo dicho por Scherer, pero tiene la obligación de contrastarlo con otros documentos, testimonios y libros.

Entonces, el desafío de los testimonios de Scherer, será la de probar la veracidad de sus dichos, puesto que caer en la descalificación de los mismos, es una salida fácil. Incluso, eso desearían algunos de los políticos, expresidentes, líderes, empresarios y muchas más gentes con actividades públicas citados en los hechos relatados. Sin embargo, más allá de filias o fobias, los actos de toda persona hablarán mejor que sus palabras o las de un periodista. A través de ellas pervivirán más allá del tiempo que les tocó vivir. Los adjetivos inevitables caracterizarán los claros, oscuros y grisáceos momentos que debieron afrontar como personas públicas que fueron.

Fuentes consultadas

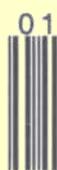
Bibliográficas

- Croce, Benedetto (1970). *Historia como hazaña de la libertad*. Citado por Edward H: Carr. *¿Qué es la historia?* Barcelona: Seix Barral.
- Florescano, Enrique (1997). *La historia y el historiador*. México: FCE.
- Gaos, José (1969). *Historia de nuestra idea del mundo*. México: FCE.
- Hernández, Francisco Javier (1993). *Y ese hombre seré yo. La autobiografía en la literatura francesa*. España: Universidad de Murcia.
- Loreiro, Ángel G (1992). “Direcciones en la teoría de la autobiografía”, en: José Romera, *et. al.* (coordinadores). *Escritura autobiográfica*. Madrid: Visor Libros. (Biblioteca Filológica Hispánica, núm.14).
- Ortega y Gasset, José (1965). “Sobre unas ‘Memorias’”, en *Espíritu de la letra*. Madrid: Espasa Calpe (Colección Austral, núm. 1370).
- Piña, Carlos. “Aproximaciones metodológicas al relato autobiográfico” en *Opciones*, núm. 16.
- Scherer, Julio (1986). *Los presidentes*. México: Grijalbo.
- _____ (1995). *Estos años*. México: Océano.
- _____ (2007). *La terca memoria*. México: Grijalbo.
- _____ (2012). *Calderón de cuerpo entero*. México: Grijalbo.
- _____ (2012). *Vivir*. México: Grijalbo.
- Villoro, Juan. “After Office. Muere el periodista mexicano Julio Scherer”, en *El Financiero*. México, 7 de enero de 2015.

ISSN 2007-1620



9 772007 162142



01